

ce, el altar tan artificiosamente trabajado, los innumerables vasos sagrados de oro y piedras preciosas, no estaban destinados sino para sacrificios que no podían ser agradables á Dios, sino como figura del gran Sacrificio que representaban; para víctimas cuya sangre no era capaz de santificarnos.

¡Cuán diversos los templos de la nueva Ley! Aunque sus muros no sean de mármol ni de jaspe; aunque no sean cedros del Líbano, sino viles tablones de pino ó de sáuce los que formen su pobre techumbre; aunque no sean ellos mismos sino desaliñados subterráneos, cavados cual las antiguas catacumbas en la arena ó en la roca, son más preciosos á los ojos del Señor que el suntoso edificio, construido bajo la dirección del hábil artífice de Tiro cuyo nombre nos ha legado la Escritura. Aunque el oro y la plata sean desconocidos, aunque los vasos que sirven para el sacrificio sean de viles metales, en ellos se derrama la sangre del Hijo del Dios Vivo; sobre el ara se inmola diariamente el Cordero sin mancha, y en sus tabernáculos, por pobres y humildes que parezcan á los ojos de los mortales, se encierra el Verbo Encarnado rodeado de millares de serafines.

Sublime es, por tanto, la vocación del hombre privilegiado que es llamado por Dios á edificarle una morada. Inefable es la gracia, incomparable la merced que recibe el que á tamaña empresa es destinado por la Providencia; y cuando vemos un templo terminado tras largos años de fatigas y trabajos, cuando vemos al Dios de los ejércitos morar en él, y sentarse por primera vez, cual en regio trono, sobre el altar, duro é ingrato será el corazón que no se extasie al contemplar la bondad de

nuestro Salvador, vil é indigno el cristiano que no se postre ante la majestad del Dios tres veces Santo, y le dé rendido infinitas gracias, porque se dignó poner la mira en uno de sus humildes siervos y lo escogió entre todos para edificar su casa y sus atrios: *ædificabit domum meam et atria mea.*

Más y más se siente la sublimidad de esta vocación, mientras más giramos la vista en torno nuestro y vemos el espectáculo que ofrece nuestra patria. ¡Cuántos templos, cuántos monasterios, en otro tiempo magníficos y que excitaban la admiración universal, están hoy convertidos en humeantes ruinas! ¡Sobre cuántos pesa ya el martillo destructor, y empiezan á desmoronarse bajo el hacha sacrílega del iconoclasta! No parece sino que irritado el Dios de las venganzas, ha dicho cual en otro tiempo: Esta Casa que he consagrado á mi nombre la arrojaré de mi presencia, y la entregaré para que sirva de fábula y de escarmiento á todos los pueblos: *Domum hanc quam sanctificavi nomini meo, projiciam a facie mea, et tradam eam in parabolam et in exemplum cunctis populis.* (2 PARAL. VII, 20.)

Varones poderosos y grandes á los ojos de los hombres se han esforzado en atajar el mal; todo en vano: cuando el Señor no custodia la ciudad, en balde velan los encargados de guardarla. Otros han intentado levantar de nuevo los derruidos muros de la Casa de Dios. Inútiles han sido sus esfuerzos, y no parece sino que Jehová ha fulminado sobre ellos la sentencia con que abrumara á David, y ha dicho á cada uno en su indignación: *No edificarás mi Casa porque eres hombre de guerra y has derramado sangre.*

En tan grave conflicto, cual si una paz imperturbable



reinara en derredor, cual si no llegase siquiera hasta estas llanuras el eco de la guerra y del exterminio, veíamos poco á poco y tranquilamente elevarse la Casa del Señor en que hoy por primera vez hemos entonado los himnos del Rey-Profeta. No se escuchaba el ruido del asiduo escoplo; no se percibía el tráfago de millares de obreros que acarrearán los materiales para su construcción. Gradualmente, y casi sin sentirlo, se alzaban sus paredes, se formaban sus bóvedas, surgían sus altares, á la manera que en los campos crecen las aristas y se forman las ricas espigas, sin que la mano del hombre venga á recortar las hojas ó á pulir las cañas que nacen de la tierra fecundada por la lluvia celeste. Es que el Señor de las misericordias, que hace caer á los poderosos de sus tronos, escogió á su humilde siervo entre millares para reparar los daños que en otras partes se hicieran en la viña de su Iglesia. Es que el Dios de bondad puso la mira en el que parecía desvalido, y sin poder, y sin recursos, para edificar su Casa y sus atrios: *ædificabit domum meam et atria mea.*

Glorifiquemos, pues, al Señor, Hermanos míos, por la infinita misericordia de que nos ha dado nuevas y señaladas muestras en la edificación de esta santa morada. Reconozcamos que todo dón perfecto, que toda gracia exquisita viene de lo alto; que nadie va á Jesús sino atraído por su Padre celeste, que en él vivimos y nos movemos y somos, y que todos de su plenitud hemos recibido. No haya quien se envanezca de haber preparado á Jesús una digna Esposa en la Iglesia que hoy dedicamos; no haya quien se jacte de haberla adornado con joyas de limosnas, ó dádivas de oblaciones: no nos arroguemos

una gloria que no es nuestra, ni le pidamos recompensas que no nos corresponden. A Él solo el honor; á su santo nombre la gloria: *non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam* (Ps. cxiii). A Él sean tributadas alabanzas sin fin; en loor suyo resuenen el salterio y la cítara; á Él demos gracias eternas porque en medio de la desolación universal, en medio de la corrupción que nos cerca, en medio de la destrucción que nos amaga, halló un varón justo cual Noé, lo escogió para construir una arca de salvación, y desechando á otros más poderosos y más fuertes y más grandes ante los hombres, en él fijó sus divinos ojos, y con voz majestuosa le dijo: éste y no otro edificará mi Casa y mis atrios; *ædificabit domum meam et atria mea.*

Pero si es cierto, Señores, que el Espíritu Divino sopla donde más es de su beneplácito, y que el Señor llama tan sólo á quien le agrada, no es menos cierto que jamás agracia con su soberano llamamiento al que no se manifiesta pronto á obedecer sus mandatos, al que no da muestra de la ansiedad que tiene por su gloria. *Ven*, dijo Jesús á Pedro sobre las tempestuosas olas del lago; pero no fué sino después que Pedro inflamado de amor gritó á su divino Maestro: *Mándame ir hacia tí sobre las aguas.* Sublime fué la misión que recibió Isaías de anunciar al pueblo de Israel los grandes acontecimientos futuros; pero antes preguntóle Jehová: *¿A quién enviaré ó quién irá por nosotros?* y *aquí estoy yo, envíame*, replicó con humildad pero con prontitud el obediente profeta. Dos veces es pues bienaventurado el hombre que el Señor ha escogido y separado: feliz porque en él puso la mira el Dios de bondad; feliz porque lo halló pronto á



obedecer sus mandatos y ansioso de trabajar por su gloria; feliz porque fué destinado por la Providencia Divina á edificar su Casa y sus atrios: *ædificabit domum meam et atria mea.*

Pero si es sublime la vocación del que es escogido para edificar la Casa de Dios, no es menos grande su mérito si corresponde á la divina llamada; si lleva á cabo la empresa que por orden celestial le ha sido cometida. Claramente nos lo indica el Evangelista San Lucas; y San Ambrosio lo hizo notar al pueblo congregado en la Basílica de Milán en ocasión semejante á la que hoy nos tiene reunidos. Próximo ya á la muerte el criado del Centurión de que nos habla el Evangelio, el mozo á quien su amo estimaba en más que toda su servidumbre y la columna de aguerridos soldados que militaban á sus órdenes, acuden á Jesús presurosos los ancianos del Pueblo, rogándole se digne restituir á la vida al moribundo siervo del afligido Centurión. Es digno, le dicen, es digno el jefe Romano á cuyo nombre venimos á suplicarte, de que le concedas el favor que implora; porque él ama á nuestra nación y nos ha edificado una sinagoga: *diligit enim gentem nostram et synagogam ipse ædificavit nobis.* (LUC. VII, 5.)

“Si tanto se recomienda á Jesús, exclama el Santo Doctor al disertar sobre este pasaje, el que ha levantado una sinagoga, ¿cuánto más encomiado no deberá ser el que ha construido una Iglesia? Si es acreedor á la gracia el que ha fabricado una guarida á la congregación de los Judíos, ¿cuántos mayores dones no merecerá el que ha preparado una morada á la verdadera Religión? Si es favorecido con la misericordia del Hijo de Dios, el que eri-

gió una habitación en que se niega siempre á Cristo, ¡cuántas mercedes no recibirá el que ha fabricado un santuario en que el Verbo encarnado baja cada día á ofrecerse de nuevo por los hombres! El Señor aprobó en el Centurión no lo material de la estructura, sino la intención que lo guiara en la construcción del edificio. Bien claro es que quien con tanta solicitud hizo una sinagoga, cuando los cristianos no eran aún conocidos, con mayor diligencia, con mayor premura, con mayores afanes habría erigido una Iglesia si hubiera vivido en una época posterior. Al construir, empero, la sinagoga, el jefe Romano predica á Cristo, proclama al Mesías, y con el hecho mismo de levantar un tabernáculo al Dios de Israel, que no le fué conocido desde su infancia, amonesta en alta voz á los orgullosos Fariseos á recibir al Salvador, y les demuestra claramente que, si ha fabricado un vasto santuario, es para que Cristo sea más y más alabado, más y más bendecido; y que si cree en Cristo el pagano que ha construido la sinagoga, con mayor razón deben ellos, habitantes de la sinagoga é instruidos desde la infancia en la Ley y en los Profetas, creer en el Ungido del Señor.

“¡Y si el Centurión fué justificado por una obra frágil, terrena y pasajera, ¡con cuánta mayor razón no debemos esperar que lluevan celestiales dones sobre el varón esclarecido á quien debemos una obra tan durable, tan celestial cual es la paz y la prosperidad de la Iglesia católica en estas regiones!” Así continúa su comparación el santo Arzobispo de Milán, y prosigue deshaciéndose en justas alabanzas del ilustre conde, campeón valeroso y lugarteniente del Emperador Teodosio, bajo cuyo



piadoso gobierno se construyó el templo en que resonaban las elocuentes palabras que acabo de recitar. No os repetiré los encomios del noble varón, ni haré aplicaciones que ofendieran quizá la modestia de alguno de mis oyentes; mucho menos me atreveré á elogiar con palabras mías propias al benemérito sacerdote á cuya piedad, y constancia, y esfuerzos, se deben este santuario y esta mansión de retiro que hemos venido á inaugurar. Pero aunque yo guarde silencio absoluto con relación á sus méritos, proseguiré diciendo con el mismo San Ambrosio, vano será mi afán; porque sus obras proclaman á gritos sus loores. Sé que no busca la gloria humana, y que aspira tan sólo á honrar á Dios; pero, ¿qué conseguiré con callar cuando estas bóvedas pregonan sus heroicos hechos? Cuanto hemos dicho en alabanza del Centurión; cuanto hemos hablado del mérito insigne que contrae quien edifica una Iglesia cristiana, todo cede en su honor, todo le conviene, todo le cuadra; porque aunque muchos hayan cooperado á la construcción de este santuario, él á sus expensas lo erigió desde los fundamentos. ¿A sus expensas, me replicaréis, cuando no es grande, ni poderoso? ¿Con qué riquezas erogó los enormes gastos emprendidos en esta fábrica, siendo hasta escasas sus facultades? Con la abundancia de la fé y con las riquezas de la simplicidad, os replicaré con el Apóstol, *abundantia fidei et divitiis simplicitatis*. (2. COR. VIII.) Para el varón piadoso la pobreza misma es una fuente inagotable de riquezas. Así es, que este templo, á mi entender, ha sido construido más bien á fuerza de súplicas, y ruegos, y oraciones, que de dineros ó tesoros; porque así convenía que la obra de Cristo creciese más bien por

medio de plegarias que de mármoles y materiales terrenos. Toda su hacienda ha consumido en esta estructura el hombre benemérito cuyas virtudes encomiamos; y sin embargo, nada le falta, de nada ha menester, en nada escasea; en él se ve personificada esa bienaventurada pobreza, que consume todo y permanece siempre rica y abundante.

No parece, Señores, sino que las palabras que acabo de pronunciar han sido sugeridas á alguno de los circunstantes en vista de la festividad que nos ocupa, y por las virtudes del piadoso sacerdote que nos ha congregado en este día faustísimo. No son, sin embargo, sino del gran Doctor San Ambrosio, y me siento henchido de un santo gozo al ver que con tanta propiedad puedo aplicar al justo varón, fundador y constructor de este santuario, las memorables sentencias que el docto Arzobispo de Milán dirigiera á los constructores de su Basílica. Me siento sobrecogido de admiración por la unidad y la universalidad indeficientes de la Iglesia católica, al ver que uno de sus más brillantes luminares, uno de sus gloriosos doctores, hace hoy por mis labios el elogio de nuestro venerable y humilde hermano, con términos tan claros, tan precisos, tan adecuados, cual si hubiese descendido de su trono de gloria á tomar parte en nuestra solemnidad.

¡Oh Iglesia católica! yo te adoro, yo te venero, porque siempre la misma, siempre tan santa, y tan pura, y tan inmaculada como cuando emanaste del costado de Cristo, nunca cesas de engendrar hijos dignos de tan augusta madre, que perpetúen tus instituciones, que propaguen tus máximas, que demuestren hasta la consuma-



ción de los siglos que estás construida sobre firmísima roca, y que jamás prevalecerán contra tí las puertas del infierno. Yo os felicito, Señores, porque todos sois ejemplo vivo de que la Iglesia no ha envejecido, y de que su rostro maternal se ostenta aún tan terso y sin arruga, cual en los días de su mayor vigor. Yo os felicito porque habéis sido escogidos para emular el desprendimiento de aquellos primitivos cristianos, que venían á depone-  
 ner sus bienes á los piés de los Apóstoles ó que, cual las Lucinas y las Cecilias, convertían sus casas en santuarios ó cedían sus solares para Basílicas. No os pesará, por cierto, de vuestras generosas limosnas; bien sabéis que al dar al menesteroso un socorro, lejos de desperdiciar vuestro dinero, como cuando se emplea en satisfacer las pasiones, ni lo perdéis como cuando se gasta en cosas inútiles, ni lo prestáis siquiera á la par como cuando se eroga en cosas temporales, sino que lo dais á logro, y vendrá tiempo en que el Señor os lo devuelva con crecidas usuras. Son palabras del Espíritu Santo, *Fæneratur Domino qui miseretur pauperi* (PROV. XIX, 17); y el Crisóstomo llama á la limosna un arte útil en extremo, y tanto más noble y más excelente que las otras artes y profesiones del mundo, cuanto que reconoce á Dios por maestro y autor. (HOM. 53, IN MATT.) Yo os felicito de nuevo porque os habéis dedicado á este arte tan santo; después de probarlo habéis visto, como la mujer fuerte de la Escritura, que este es el comercio más ganancioso, que es la negociación más lucrativa: *gustavit et vidit quia bona est negotiatio ejus*. (PROV. XXXI.) Bien pudiera decirse de vosotros lo que San Ambrosio predica del Centurión, según acabo de narraros. Si esto

habéis hecho en estos tiempos de indiferencia moral y de pobreza extrema material, ¿qué sería si hubierais tenido á vuestra disposición los cedros del Líbano, los mármoles de Paros y el oro de Ofir? Sin duda que ahora nos cobjarían las elevadas bóvedas de otro templo de Salomón.

No es menor vuestro mérito, pues que habéis dado lo que estaba en vuestras facultades ofrecer, y hoy por fin veis coronados vuestros esfuerzos, contemplando acabada la Casa del Señor. Una obra está terminada; á otro trabajo más arduo es menester dar principio con incansable actividad, y empezar á construir el verdadero templo de Dios, que somos nosotros mismos.